



## La relación madre-hija y sus efectos de devastación.

Joana Souza

Recibido: Septiembre 2013 – Aceptado: Septiembre 2014

Master del programa de Post-Graduación en Psicoanálisis de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Especialista en Psicoanálisis y Salud Mental de la UERJ. Psicoanalista asociada al Cuerpo Freudiano de la Escuela de Psicoanálisis.

Dirección: Av. Lúcio Meira Nº 14 Sala 202 – Várzea – Teresópolis-RJ Brasil - Cep.: 25950-000.  
Teléfono: 55 21 87023877

 [joanapsi@uol.com.br](mailto:joanapsi@uol.com.br)

traídos por el sujeto, apuntando a la lectura que el mismo hace en relación al sexo.

### INTRODUCCIÓN:

Para Freud <sup>(1923)</sup>, no existe una representación psíquica de las mujeres en el inconsciente que corresponda con la madurez genital propia de la adultez, hecho que hace este concepto tan complejo. Será en relación al Edipo que la sexualidad se ordenará, determinando la posición que el sujeto ocupará en la división de los sexos. En otras palabras, Freud señala que la identidad sexual de un sujeto se determina por su relación con el complejo de castración, y no por su sexo anatómico real, es decir tener un pene o una vagina. La sexualidad real está marcada por el lenguaje revelado en los significantes

Al abordar el tema de la feminidad, Freud <sup>(1932)</sup>, trata de establecer algunos puntos fundamentales acerca del pasaje de las niñas por el Edipo. Entre ellas podemos destacar el reconocimiento que, tanto en la niña como en el niño, el primer objeto de amor es la madre, descubrimiento de que suscitó la necesidad de saber cómo y por qué la niña, originalmente vinculada a la madre, después se vinculó al padre, evolucionando de la fase viril a la fase femenina a la que está diseñada biológicamente. Sin embargo, Freud afirma que la mujer no puede distanciarse completamente de lo que fue su primer objeto la investidura libidinal, es decir, la madre, manteniendo con ella una relación ambivalente que puede durar toda la vida.

Freud afirma que el desenlace de la relación entre madre e hija trae como marca la catástrofe, lo que Lacan posteriormente llamó la devastación. Nuestra propuesta, por lo tanto, es delimitar en algunos textos de Freud y Lacan, la especificidad de la relación madre/hija, con el fin de lograr una mejor comprensión sobre éste fenómeno subjetivo y sus consecuencias para la constitución de la mujer. La pregunta que se nos plantea en la relación madre/hija es la imposibilidad de transmitir lo que es ser una mujer.

## 1 - La relación madre/hija y el paradigma de la devastación

Freud <sup>(1933)</sup>, al retomar el tema de la sexualidad femenina en la Conferencia "La feminidad", apunta a la existencia de una zona gris en la relación entre madre e hija, sin embargo procura remediar esta dificultad para pensar lo femenino desde Edipo y la castración. Tres diferencias relacionadas al pasaje del niño y la niña por Edipo serán destacadas por Freud en el texto referido. En primer lugar, destaca el hecho de que la niña, a diferencia del niño, debe cambiar simultáneamente de sexo y objeto. Mientras que el niño sólo tiene un área genital predominante, o sea, un órgano genital, una mujer, a su vez tiene dos: la vagina y el clítoris, como análogo al miembro viril masculino. Otra diferencia señalada por Freud es que para los hombres no hay ningún cambio en relación al sexo del objeto de amor, ya que seguirá siendo el mismo que el objeto inicial. En cuanto a la mujer el cambio de zona erógena será seguido del cambio del sexo del objeto. Y, por último, la tercera diferencia se refiere a la forma como, a partir del complejo de Edipo, el sujeto se posiciona frente al complejo de castración. El complejo de castración se torna en el principio organizador de las diferencias de los sexos.

Sin embargo, este texto hace hincapié en que los niños y las niñas tienen la misma relación libidinal con la madre, que se torna para ambos en el objeto privilegiado de los instintos genitales.

Considera que, aunque para el niño el complejo de castración pone fin al complejo de Edipo, resultando en la renuncia de los objetos parentales, su efecto sobre la niña la conduce a refugiarse en el amor del padre, al que ella nunca abandonará por completo. Por otro lado, sostiene que la evolución a la feminidad puede ser abortada, en la medida en que inconscientemente, la revolución de la niña por la falta de pene, es decir, el descubrimiento de la castración puede llevar a dos resultados diferentes: puede suponer un actitud de rechazo, la renuncia a la actividad fálica, o puede renegar de la castración, dando lugar al complejo de masculinidad, una postura que puede llevarla a la homosexualidad.

Incluso abordando la feminidad a través del falo, Freud <sup>(1933)</sup> no deja de reconocer la relación primitiva de la niña con la madre como ser fundamental. Freud considera que existe una fase anterior al Edipo que determina la relación entre madre e hija, cuya característica es la presencia de sentimientos ambivalentes -una combinación entre el amor y odio de la niña en relación a su madre, que casi siempre culmina en el odio. Las acusaciones y quejas de la niña en relación a la madre tienen el objetivo de enmascarar los sentimientos hostiles que ella nutre por el hecho de culpar a la madre por la falta de pene, pues no puede perdonarla por esa desventaja. Ocurre que, la reivindicación fálica no se encuentra excluida en ninguna de las tres salidas posibles que encuentra la niña ante el descubrimiento de la castración, lo que explica la obstinación de la mujer por tener el falo. Freud demuestra que la lógica fálica está en sintonía con el funcionamiento del aparato psíquico, y que lo femenino queda imposible de ser significado. La envidia del pene es para Freud, lo que hace funcionar la evolución edípica.

Freud (1933. Pág. 30) destaca que la castración con la que la niña no quiere lidiar es la castración de la madre, pues su amor era dirigido a una madre fálica en lugar de una madre castrada. Esa cuestión plantea para la niña un problema particular cuando se trata de su relación con su propia feminidad porque la identidad femenina está inconscientemente asimilada a una privación. El descubrimiento de que la madre está castrada hace posible que la niña la abandone como objeto amoroso, sin embargo, esa constatación se torna en el motivo para que la hostilidad predomine indefinidamente. La intensidad del odio que la niña alimenta por la madre es equivalente a la intensidad del amor. Este amor, sin embargo, está condenado a sucumbir, a medida que la niña se vuelve hacia su padre, con la esperanza que él le dé su pene tan envidiado. A esa madre que seduce, que despierta el deseo para después prohibirlo, sólo queda la hostilidad.

El desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad sería, para Freud, un segundo de los posibles destinos del complejo de Edipo en las niñas, derivado del descubrimiento de la castración. En este caso, hay una actitud de rechazo para aceptar la castración que combina la actitud de rebeldía y la exacerbación de la masculinidad. El motivo para que el complejo de masculinidad se instale, de acuerdo a Freud, radica en dos hechos: primero, que la niña no renuncia a la actividad clitoriana, y segundo, a buscar refugio en la identificación con la madre fálica o en el padre. La homosexualidad femenina sería una consecuencia directa del complejo de masculinidad (Freud, 1933 p. 33-34).

En síntesis, Freud nos revela que el descubrimiento de la realidad de la castración opera catástrofes casi irreparables en la psique femenina. La dificultad en lo que concierne a la elaboración de una identificación materna positiva capaz de sostener una identidad de sujeto deseante haciendo sucumbir la angustia de castración, hace de la mujer un enigma para el psicoanálisis.

La cuestión freudiana del Edipo es retomado por Lacan en su seminario sobre "La formación del inconsciente". En él, Lacan intenta deshacer los errores provocados por los analistas post-freudianos al atribuir excesiva importancia a la madre, caracterizando la relación madre-hijo como ser dual.

Lo que es esencial en ese seminario es el hecho de Lacan situar la madre mientras que Otro primordial, poseedor de la palabra, para el sujeto. Se trata de una relación donde el deseo de la madre actúa en el sentido de situar el sujeto en el campo del Otro. Para Lacan, la madre es portadora de la palabra, más no del lenguaje mientras que una organización lógica capaz de regular las relaciones del individuo con el campo instintivo, a través de la castración simbólica. En ese sentido, el Edipo lacaniano propone que el padre simbólico es el que opera un corte en la relación madre-hijo, abriendo la posibilidad de que algo, más allá de la captación imaginaria, se constituya. La significación fálica, introducida por el significante Nombre-del-Padre, supuestamente abarca el deseo de la madre, sin embargo algo siempre escapa con respecto al gozo femenino.

Al proponer las fórmulas cuánticas de la sexualización en 1972, en el Seminario 20 – “Aún Más”, Lacan reduce el mito edípico a la lógica única de la castración. Esas fórmulas, sin embargo, pone en evidencia la función de barrera contra el goce del cuerpo que es instaurado por el padre simbólico.

Lacan, <sup>(1973)</sup>, en el texto "El étourdit", usa el término devastación para designar la relación de una mujer con su madre. Siguiendo la indicación del texto freudiano sobre la feminidad, establece que la madre puede ser una devastación para la su hija. En ese sentido, procura abordar lo femenino en la frontera entre lo simbólico y lo real, para indicar que la devastación que una madre puede ser para una hija, puede ser un indicio de la relación privilegiada de la mujer con lo real. Para Lacan, la devastación que afecta a la niña está relacionada con el enigma formulado por el goce femenino de la madre, o sea, para la ausencia de límites con que se comporta. Se puede afirmar que ese goce está fuera de lo simbólico, pues no existe un significante que defina lo que es una mujer <sup>(Lacan, 1972, pg. 79-80)</sup>. La devastación, cómo un fenómeno subjetivo que surge de la relación entre madre e hija, dejará sus huellas en la relación de la mujer con su cuerpo, en las relaciones sentimentales y su relación con las pérdidas.

En resumen, la devastación puede ser aprehendida en las demandas del amor pleno que son abordadas por la hija, demanda que busca llenar el vacío, como tal afirma Cristina Drummond "es por el amor que una mujer pretende remediar su falta de sustancia que ella imputa al Otro". La demanda puede llevar a la chica a la devastación, en la medida en que su legitimación por parte de la madre se torna imposible. Es la relación especular que está en juego, donde la niña busca en la mirada del Otro materno, la conformidad para su cuerpo. Es la mirada del Otro que permite la cubierta imaginaria del cuerpo, un cuerpo que trae en si la marca de una verdad desexualizada.

## 2 - La devastación en una historia clínica freudiana.

Se trata de una joven bella e inteligente de dieciocho años, que pertenece a una familia de buena posición que despertara malestar y preocupación en sus padres por la admiración con la que persiguiera a cierta "dama de sociedad" alrededor de diez años mayor. Decían que ésta dama vivía con un amiga en una relación bastante íntima, simultáneamente manteniendo relaciones promiscuas con algunos hombres, hechos que no interferían en nada en los sentimientos de la joven muchacha. Ni las prohibiciones ni la vigilancia impedían a la joven de aprovechar todas sus raras oportunidades de encontrarse con persona amada, ya sea esperándola durante horas frente a su puerta, o enviándole regalos, pero la dama no le dispensó la atención deseada.

Los padres jamás habían observado en la hija cualquier interés en muchachos, ni placer en sus galanteos, mientras que, por otro lado, creyeron que este vínculo constituía sólo una secuencia, en grado más acentuado, de un sentimiento que en los últimos años demostrara hacia otras mujeres.

Un día sucedió lo inevitable, el padre encontró a su hija en la compañía de la mujer, pasándolas por delante y echándoles una mirada de enojo. Repentinamente, la joven salió corriendo, arrojándose a una vía ferroviaria. El precio de ese intento de suicidio, indiscutiblemente serio, fue un tiempo en la cama acostada de espaldas, aunque fuesen pocos los daños causados. Después de la recuperación, descubrió ser más fácil que antes conseguir lo que quería. Los padres no se atreven a oponerse a dicha determinación y la señora que, hasta entonces, recibía fríamente sus avances, se conmovió con la prueba tan evidente de seria pasión y comenzó a tratarla de manera más amigable. Aproximadamente seis meses después del episodio, los padres buscaron ayuda profesional y confirmaron la tarea de llevar a su hija a un "estado normal".

Considerando separadamente las actitudes de los padres ante el tema. Se observó en el padre un hombre serio, estricto con los hijos, pero en el fondo, de corazón tierno. Su tratamiento hacia la hija única estaba influenciado por la consideración que tenía de la mujer. Cuando se percatara de las tendencias homosexuales de la hija, se volvía furioso y trataba de suprimirlas con amenazas. Consideraba a su hija como una depravada o mentalmente perturbada. Estaba determinado a combatir la homosexualidad de su hija por todos los medios a su alcance. Incluso, de ser necesario, con un matrimonio arreglado.

La madre, según Freud, era una mujer joven y vanidosa, que marcaba diferencia en el trato dispensado a los hijos, reservándole aspereza a la hija, mientras que con los hijos se mostraba bastante tolerante. El enamoramiento de la hija por la dama no lo tomó tan en serio como el padre, excepto por el hecho de que esto se tornara público. Para Freud, la madre de la joven la llevó a desistir de su lugar de mujer en su favor, ya que ella veía en su hija una rival en su ansia de impresionar a los hombres.

Otro hecho importante que es destacado por Freud, es que la joven en su comportamiento para con su objeto de deseo había asumido el rol masculino en la relación con la mujer, es decir, se mostraba humilde, sobrevalorando el objeto sexual y renunciando a la satisfacción narcisista, tan característico del amante masculino. En este sentido, Freud considera que esta "... *había, así, no sólo escogido un objeto de amor femenino, sino que también desarrolló una actitud masculina hacia ese objeto.*" (Freud, 2006 [1920] p. 166).

En relación al historial sexual, Freud relata que en la infancia, la joven pasó por la actitud característica normal del complejo de Edipo. Posteriormente comenzara a suplantar al padre por el hermano mayor. No recordaba ningún trauma sexual en edad temprana, ni tampoco fueron descubiertos por el análisis. La comparación entre sus órganos sexuales y los de su hermano, que hizo al inicio del periodo de latencia, aproximadamente a los cinco años, dejaría una fuerte impresión y tendrá efectos posteriores de grandes consecuencias. Durante los años pre-púberes, en la escuela, gradualmente se familiarizó con los hechos de sexo y recibió este conocimiento con sentimientos mezclados entre lujuria y asustada aversión.

A la edad de trece o catorce años, comenzó a mostrar un gran afecto por un niño de menos de tres años de edad, a quien acostumbraba a ver regularmente un *playground*. Se apegó tanto a la criatura, que a consecuencia de ello, surgió una amistad entre ella y sus padres. En aquella época, tenía un fuerte deseo de ser madre y tener un hijo. No obstante, al poco tiempo, se tornó indiferente al niño y comenzó a interesarse por las mujeres maduras, pero de apariencia aun joven. Las manifestaciones de ese interés luego le valieron un severo castigo a manos de su padre.

Esa migración ocurrió simultáneamente con cierto suceso familiar, que Freud considerará de suma importancia. Un nuevo embarazo de su madre y el nacimiento de un tercer hermano cuando la paciente estaba alrededor de los dieciséis años.

Freud considera que la amada era una substituta de la madre. Destaca que los primeros objetos de su afecto después del nacimiento de su hermano menor habían sido madres, mujeres entre treinta y treinta y cinco años, a las que había visto con los hijos en varias ocasiones. Sin embargo, debido a la dificultad de encontrar madres con tendencias homosexuales, abandonó la maternidad como condición fundamental de la elección amorosa.

El impacto causado por el embarazo de la madre se debe al hecho de que éste aconteció en el período exacto en el que la joven experimentaba el renacimiento de su complejo de Edipo infantil en la pubertad. La joven tenía un deseo de tener un hijo de su padre, se sintió decepcionada y traicionada, pues quién se embarazara fuera su rival inconscientemente, su madre. Después de esa decepción, se aparta por completo del padre y del amor de los hombres, repudia íntegramente su deseo de tener un hijo y renuncia a su feminidad, procurando otro objeto para su libido.

Freud explica que la decepción vivida por la joven la hizo transformarse *en hombre y se tomó a la madre en lugar del padre como el objeto de su amor* ((Freud, 2006 {1920] p. 170).

La joven, explica Freud, al no saber qué hacer con una madre que se presentaba, por demás real, se lanza a la homosexualidad a fin de tener una madre sustituta a quién podría ligarse apasionadamente.

En ese sentido, la elección homosexual ofrecía una ganancia secundaria, destinada a disminuir la hostilidad de su madre hacia ella, ya que, al desistir de los hombres, se los dejaba a la madre, y así, no era necesario competir más.

Freud destaca el hecho de que las mujeres por las que se interesaba, no tenían ninguna reputación de homosexualidad y, por lo tanto, no podrían haberle ofrecido alguna perspectiva de satisfacción sexual. Por otro lado, rechazó sin titubear los avances hechos por una amiga homosexual de su misma edad.

Freud afirma que el intento de suicidio, fue determinado por dos razones: primero por la ejecución de un auto-castigo (culpabilidad con respecto a los sentimientos ambivalentes que tuviera por los padres), y segundo lugar, la realización de un deseo. El auto-castigo también se interpreta en el texto como la realización de un deseo, ya que el acto de matarse estaría relacionado con matar al objeto con el cual se identificó y que mantenía sentimientos hostiles, en este caso, sus progenitores, tal como afirma: una vez que, la joven se identificaba con la madre que debería haberse muerto en el nacimiento de ese hijo negado a ella, esa realización punitiva constituía, una vez más, la realización de un deseo <sup>(Freud, 2006 [1920] p. 174)</sup>.

Freud identifica el rechazo por los hombres como algo que apareció en la transferencia, en la que la paciente adoptó una actitud indiferente con la ubicación del analista. En este sentido, él llega a asesorar a los padres de la muchacha que procurasen continuar el tratamiento con una profesional de sexo femenino.

El análisis demostró que la joven tenía desde la infancia, un fuerte "complejo de masculinidad". Tras el encuentro con los genitales de su hermano, desarrolló una marcada envidia del pene. Era una feminista y se fastidiaba con la manera en que las mujeres eran tratadas en comparación con los hombres que tenían más libertades y derechos.

La selección de la dama apuntaba la exigencia de bisexualidad, ya que, además de la satisfacer los deseos homosexuales (ideal masculino), también, los heterosexuales (ideal femenino).

Freud concluye el caso diciendo que no compete al psicoanálisis resolver el problema de la homosexualidad. Debería, a lo sumo, contentarse con revelar los mecanismos psicológicos que culminan en la determinación de la selección del objeto, y remontar los caminos que los llevan a las disposiciones pulsionales. El relato del caso hecho tan minuciosamente por Freud, nos sirve de un ejemplo de cómo la relación de una madre con su hija puede provocar efectos devastadores. Sabemos con Lacan, el niño necesita encontrar un lugar en el deseo de la madre para constituirse de este modo en deseante.

La demanda de amor que el niño dirige para el otro es también una demanda sobre su ser. ¿Qué soy yo para el Otro? ¿Qué quiere El de mí? Esas dudas marcan la alienación fundamental necesaria para la constitución del sujeto a partir de los significantes que vienen del Otro. Sin embargo, ese "Otro" lugar de los significantes, es también marcado por la falta. Es la medida en que el niño se enfrenta con la falta del Otro que ella puede llegar a separarse constituyéndose como sujeto deseante. Sin embargo, cuando el niño busca en la mirada de la madre un lugar para sí y no encuentra, es la existencia misma del niño la que está en peligro.

Por último, consideramos en el caso de la joven homosexual, la ausencia de un registro en el deseo de su madre tiene para ella efectos devastadores. Lidar con una madre que le era indiferente y que, según Freud, se mostraba demasiado real se tornó insoportable para esa muchacha. Sin embargo, ella parece que no puede dejar de lado la madre fálica, pasando a buscarla en otras mujeres.

## BIBLIOGRAFÍA:

- (1) DRUMOND, Cristina. *Devastação, outra face da angústia*. Opção lacaniana. São Paulo. Nº 45. Mai/2006.
- (2) FREUD, S. (1920) *A psicogênese de um caso de homossexualismo numa mulher* in Edição Standard das obras psicológicas Completas de Sigmund Freud. Vol. XVIII. Rio de Janeiro: Imago. 2006.
- (3) FREUD, S. (1925) *Algumas conseqüências da diferença anatômica entre os sexos*. Edição Standard das obras psicológicas Completas de Sigmund Freud. Vol. XIX. Rio de Janeiro: Imago. 2006.
- (4) FREUD, S. (1931) *Sexualidade feminina*. Edição Standard das obras psicológicas Completas de Sigmund Freud. Vol. XXI. Rio de Janeiro: Imago. 2006.
- (5) FREUD, S. "A feminilidade, conferência 33". Em: Caldas, H.; Murta, A.; Murta, C. (Org.) *O feminino que acontece no corpo: a prática da psicanálise nos confins do simbólico*. Belo Horizonte: Scriptum Livros, 2012, p.15-48.
- (6) LACAN, J. (1972) O Seminário livro 20: *Mais ainda*. Rio de Janeiro: Zahar. 2008.
- (7) LACAN, J. (1973) *O Aturdido*. In *Outros escritos*. Rio de Janeiro: Zahar. 2003.
- (8) MARCOS, Cristina. Mãe e filha – *Da devastação e do amor* in *Tempo psicanalítico*. Rio de Janeiro. Vol. 43. 2011.